

Nadie dijo que la vida se tuviera que vivir con los ojos abiertos

Frank Toche

Novela corta en 13 capítulos

www.franciscadas.com

Capítulo 1. Peces de Agua

Era la primera vez que entraba. Diría que era la primera vez que entraba en uno de esos garitos en los que hay que pulsar el timbre para que te abran la puerta y pensaba que al traspasarla me encontraría a uno de esos tíos de traje negro que no se pueden abrochar el cuello de la camisa y que siempre acaban acompañándome a la salida entre amables empujones.

Pero no. Sus tetas quedaron a un palmo de mi y no hice el más mínimo esfuerzo en apartar la mirada cuando ella abrió la puerta. Supongo que a eso iba, a ver tetas, no lo sé, pero la chica si que hizo el esfuerzo y no mínimo de apartarlas, ignorándome como si ya hubiera hecho caja esa noche.

—Pase.

—¿Son de verdad?

—Sígame por favor —dijo algo alterada mientras las ocultaba detrás de una libreta de piel negra de esas que tienen en la cubierta estampado el año en dorado.

—Sígame por favor.

Me irritan los buenos modales. Pero ya estaba dentro y el del traje no estaba y si

estaba no me había visto entrar. Manda cojones que se ofenda porque le mire las tetas. La seguí.

Bueno, seguí el culo y las tetas, me refiero al culo de la tía de las tetas y que se movía, se movía todo al andar: mi cabeza, mi vida, sus tetas, su culo y mis manos; que sin querer tocaron en el vaivén de aquella preciosidad y no fue tocar por tocar, sino por la necesidad de apoyarme para mantener el equilibrio, que al igual que mi compostura y mi dignidad andaban desequilibrados; o eso decían todos.

Se asustó y yo me asusté y me tuve que apoyar en la pecera y los peces se asustaron. La pecera ya no tendrá arreglo

pero tampoco importa porque los peces se murieron enseguida porque eran peces de agua. Le expliqué que eran peces de agua porque la muy tonta chillaba y chillaba y los peces brincaban y brincaban en el suelo y me pareció que no entendía que necesitaban agua y no esos alaridos. Se enfadó un poco pero parece comprensible, lo digo por la situación. Un accidente. Peces hay muchos. En el agua.

Capítulo 2. Papeles

La música me molesta pero no está fuerte. Este garito es raro hasta para la música. Debe ser de esos que llaman de diseño, de diseño de cojones, pero la tetas me ha pedido que la acompañe a la barra y nunca se sabe. Me quedo. Está buena.

Ella está buena.

Ya me ha preguntado mi nombre, que donde vivo, que si es la primera vez que vengo, que si tengo seguro, que si traigo

papeles... y esto último ya me ha enfadado tanto que he perdido la paciencia.

Ahora es ella la que se ha enfadado de verdad y mucho cuando le he dicho que para follármela no me hacen falta papeles ni seguro ni cojones. Mejor así, los dos enfadados. Pero yo mas que enfado ha sido que ella me ha cargado ¡JODER! ¡Puta y delicada! No se que se ha creído, se debe pensar que he venido a escribir poemas de amor en su culo.

—¡PAPELES, PAPELES, DOS COJONES!

—¡Lárgate y vete llorando a buscar al del traje negro o al pintamonas que te ha teñido el pelo de amarillo! —le gritaba

mientras se escapaba tapándose la cara por la puerta que había detrás de la barra.

—¡Para follar, ésta mejor no, me traen otra por favor!

Las prefiero morenas, el negro me hace bien.

Capítulo 3. Treinta y seis bolsillos

Llevo mi chaqueta de los treinta y seis bolsillos. Mi chaqueta de la suerte que no me costó cara pero es muy cara porque tampoco me da suerte. Hemos pasado muchos años juntos pero no se ve tan gastada como yo, así que todavía me protege de mi edad. Me da miedo que el matón de la guapita llorona me la rompa zarandeándome. Me la quito, debe estar al llegar. Tampoco tiene treinta y seis

bolsillos, la chaqueta digo, pero tiene muchos. Una noche empecé a contarlos pero me perdía en la cuenta y luego ya me aburrí, así que decidí que eran treinta y seis. Me gustan los números pares, por eso no conté uno más ni uno menos, y no se si huele a mi o a lo que queda de mi pero nunca la he lavado para que no se le olviden las barras de bar que hemos llorado juntos. También me gustan las bufandas. Yo tengo más años que bolsillos. Y una bufanda.

—¡GINEBRA. DAME GINEBRA! —grito a su compañera que me mira asustada.

—Bonitos ojos, tu debes ser la ojos tetas pequeñas —le digo a la morena de

ojos y tetas pequeñas que ocupa la barra donde servía la culo tetas.

Con la de tíos raros que deben venir a estos sitios y se asustan de mi.

—¡VETE TU TAMBIÉN A LLORAR!

—Vete a llorar con tus ojos y tus tetas lejos de mi, que yo si que he llorado y lloro mis decepciones, de mi y de los demás conmigo, y no como vosotras que lloráis sólo por las palabras que un viejo borracho escupe borracho.

Me ha dado un vaso.

—Tranquilícese —me dice.

Esta tiene más aguante. Me gustan sus ojos y además no me cobra la ginebra.

—¡Hendrick's, que sea Hendrick's!

—Tranquilícese por favor.

Ver a la morena me ha hecho recordar y me he puesto triste. Sus ojos son del mismo color de la piel de mi amor que ya no me ama y no es por su culpa sino por la mía.

Entre el barro del color del barro de su piel y el atardecer del color del atardecer en su carácter, la amargura del café era lo que lo endulzaba todo en ella: su abrazar, su respirar, su hablar flojito, su olor bendito; trazas ante el altar de las noches dibujadas en el espejo.

Capítulo 4. Nadie me lo dijo

Confieso que estos días la vida me sabe a mierda sabiendo que la mierda es por el mal de amores y lo digo así aún sabiendo que hay gente que si tiene motivos objetivos de decir que la vida va dura; yo no tantos gracias a Dios, pero hoy si quiero pagar aquí para que me escuchen decir que mi vida es de mierda.

—¿Este es mi vaso?

Debe ser ginebra, cara pero ginebra a fin de cuentas y ya ni quema y no es porque el hielo sea ya agua, debe ser porque no sólo no es mi día sino que son ya muchos y seguidos mis días que no son mis días y ando consumido bebiendo lo que el cuerpo pide, porque el cuerpo es sabio y no puedo evitar pertenecer a mi cuerpo, al menos mientras quiera desplazarme con capacidad para vomitar en las esquinas y ver el mundo empobrecer con los ojos abiertos.

—¡Puto hielo! esto es agua, te dije Hendrick's.

Ni se ha girado. Se ha ido dentro con su amiga la de tetas y culo a llorar a dúo. Supongo.

Cuando tu día es así, no se por qué, te hace hasta ser objetivo y ver lo que te rodea.

Estoy aquí, sin saber a que he venido, en este antro que vacío debe estar bien y hasta con las tías esas también, pero que decorado de parejas que se besan sin alma ni estética queda en simple bar de amantes restregándose su felicidad. Mejor me callo en secreto de confesión, vomitando hacia mis adentros el sabor rancio de la envidia, y limpiaré el vómito de mi mano en los sillones de los amantes al igual que los niños limpian sus mocos en las paredes, y si el cuerpo me lo pide seguiré bebiendo porque nunca nadie me dijo que la vida se

tenia que vivir con los ojos abiertos para verlas venir duras. Y yo iluso de mi, pensando que si el cuerpo no los abre es por algo, sigo fiel a vivirla con los ojos cerrados, para que no se escapen rostro abajo las lágrimas y siempre tenga.

Suena nuestra canción. Me he de asear porque ella aparecerá entre las luces y sus contraluces.

—¡La tuve!

—¡SI, FUE MIA!

Ya que mas da, sólo se que es mi canción y ella no está.

En el tronco de árbol seco que es ahora mi vida, aferrado a este olor que ahora empieza a gustarme de puño de camisa

mojado por el trasiego de alcohol, lamo las suelas de la desesperación y mierda de mierdas me torturo encharcándome en la canción con la que la conocí en los cielos de Barcelona.

—Te jodes chaval, perdiste y la perdiste —me digo a mi mismo.

—No vendrá... —dice ojitos.

—Viejo de mi y de mi vida...ya lo sé ojitos.

Me quema la garganta mientras el líquido la recorre.

Mi vida es esta canción que un día paró las luces en mis manos, que un día paró mi tiempo y que ahora y aquí, cada vez que suena me transporta a la vida que se pasa.

Cerrar los ojos y ver y perder y es que nadie me dijo que para vivir había que abrir los ojos y en fin, alma abierta y yo fiel a mis ojos cerrados saco lo peor de mi, como las noches de cama donde lo peor es lo mejor.

Este techo no tiene bola de espejos.

Me hundo.

Capítulo 5. Las palabras no duelen

La chica culo tetas ha vuelto. Me coge la mano como si yo le importara. Me dejo. Yo estoy cansado. Ella suave. Recompone. No se cuando volvieron pero no lloran. No son dulces como pensaba. Mis lágrimas, ellas, ella, qué importa...

Frente a mi dos parejas esperando sentadas en sus sillones de dudosa estética donde se albergan algunos rastros de mis vómitos me miran.

—¡JODER! o estos tíos han pagado por putas más feas que feas o son sus novias y confunden amor con desesperación —me digo en voz tan alta que se asustan.

A su lado un gordito sentado solo. Supongo que sus motivos para estar aquí son los mismos que los míos. Pagar para que nos amen.

—*¡¡¡Gordito, gordito, tu y yo y los dos solitos, solitos, solitos!!!* —le canturreo mientras las dos chicas me disculpan ante tan importante audiencia: los que esperan juntitos y el gordito, que espera solito.

Les ha dolido. Son palabras. No lo entiendo, las palabras no duelen.

He vomitado el agua y se que es agua porque ginebra poca había, así que no se ha quejado ni el de la novia fea ni el otro de la novia igual de fea cuando han aterrizado mis intestinos aguados en las medias de sus putas feas o novias de amor poco estético.

—¿Quién paga aquí por beber y quien paga por joder? —no hay respuesta.

Vomitarse es gratis.

—Tranquílcese.

—Es agua, muchos ojos. Te lo dije, me serviste agua.

—Siéntate, siéntate, no pasa nada—me dice ahora ojos y tetas pequeñas mientras espero la llegada del gorila negro.

Ya no me llama de usted.

El mundo me sorprende y se para. Me marea el parón. Me sientan. Estos tíos me han ayudado a sentarme en vez de partirme de nuevo la nariz y ya van unas pocas veces que me la parten, no estos tíos, otros, y no digo que me desagrade ese dolor, solo que duele.

—Estoy bien. Esperaré mejor en la barra. Gracias.

Las chicas se han portado bien conmigo y no han llamado al del traje negro.

—Que guapas son sus novias. Son ustedes afortunados —le digo a los *esperantes* mientras me meo.

—Gilipollas!

Esto lo digo yo.

Capítulo 6. Parece carnaval

Visto lo visto y vistos los que me rodean, parece carnaval. A lo mejor es carnaval. Podría ser siempre carnaval y ser quien nos gustaría ser y no quienes hemos conseguido ser. Nos pasamos la vida poniendo empeño en conseguir ser lo que NO nos gustaría ser, y se pasan los años y el primer día que te paras un momento y te miras al espejo y estas solo con tu reflejo te das cuenta que lo lograste; lograste ser la

mierda que no querías ser y empieza a ser tarde para remediarlo y estás cansado de la vida y de ser nómada y aventurero sin aventuras y querías ser religioso para entenderte y resulta que tampoco te acabas entendiendo y ni muchos menos acabas conociendo ni conociéndote ni conociendo a Dios y la única que te entiende es la maldita barra de bar.

Diría que los ojos de la morena de ojos morenos también parecen entenderme o al menos me devuelven mi reflejo lavado a la piedra de la ansiedad.

—Ojos bonitos ¿Ya me toca? ¿Tengo que esperar mas? —le digo con tanta educación que hasta me sorprendo.

— El siguiente será usted —me dice.

—¿El siguiente? Esta cabrona esta loca si pretende que pague por una tía que se ha babeado otro.

—¡QUE SE DUCHE! —grito con tanta estupidez que me hace sentir bien.

—Tranquilízate por favor, enseguida entrarás, toma —me da otra copa de Hendrick's.

—Parece mas tranquilo ahora —le dice la de tetas a la de ojos.

—Si, pero no te fíes, ya ves como cambia de humor ¿has hablado con Esteban?

—No tardará mucho, ha ido al lavabo.

No se quién cojones será ese tal Esteban, debe ser el jefe o el del traje negro; ya vendrá si quiere, yo con mi dinero bebo lo que quiero y si piensa que me voy a tirar a una puta que otro ha babeado encima y encima pagando lo lleva claro.

He venido a beber y quiero olvidarla pero no quiero olvidarla, porque la quiero. Y yo se que ella me quiere pero se ha ido, y se ha ido no porque no me quiera, sino porque no quiere volver a pasarlo bien conmigo porque después viene lo mal; cuando lo bien es bueno lo mal es después muy mal y reconozco que no se hacer las cosas demasiado bien; alguna si, pero no las importantes, pero es que creo que lo que

para mi es importante no es lo importante para los demás.

Me importaba y me importa y me seguirá importando. No tienen ni idea de porque yo estoy mal y por mucho que quieran hacerme perder el tiempo y mi dinero hablando yo me quedo como estoy.

No quiero estar bien si eso me hace olvidar a mi chica de piel de sombra ribeteada en sombrero de paja.

Capítulo 7. Un culo *japo*

He golpeado mi cabeza contra la barra. Pensaba que me haría daño pero la nariz ha parado gran parte del golpe y solo me sangra un poco la frente; también pensaba que el golpe me haría bien y la sangre lo inundaría todo pero lo único que he conseguido es mancharme la camisa, aunque la verdad es que no pensaba nada y no me pude controlar y lo necesitaba y lo que necesito lo hago.

—Bebe, bebe por favor, ya ha pasado todo.

—No te preocupes ojitos, beber es lo único que se hacer bien.

La ojos realmente tiene unos ojos preciosos, grandes y a la vez rasgados, acentuados por el lápiz, un milímetro mas separados de lo normal porque su nariz es un milímetro mas ancha de lo normal y eso los hace perfectos, como si su padre se hubiera tirado a una japonesa o su madre se hubiera tirado a un *japo* o su abuelo se hubiera tirado a todas las *japos* mientras los *japos* atacaban Pearl Harbor; pero mejor ni intento mírale a los ojos porque en este sitio parecería sospechoso, así que me concentro

en sus tetas que son pequeñas pero nunca se sabe lo que esconden esas blusas blancas con tantos botones. Realmente es poco original que las dos se hallan disfrazado de enfermeras pudiéndose haber disfrazado de geishas o simplemente no haberse disfrazado y haber dejado sus tetas liberadas de tanto botoncito.

Me meo.

—¡ME MEO!

—Un segundo, espera un segundo que te limpio la sangre.

—¿Tu abuelo estuvo en Pearl Harbor?

—le pregunto muy amablemente.

—No, ¿por?

—Por nada, por nada, te queda bien el pantalón del disfraz, te hace un culo muy *japo*.

—¿Un culo *japo*? ¿como es un culo *japo*?

—Pequeño como el de ella.

—Espera, espera, que aún sangra un poco.

—¿Donde se mea aquí?

—¿De qué disfraz me hablas?

Me he levantado a mear aprovechando que todavía suena mi canción. Escucharla parapeta mi andar y evita que caiga. Es una pena abandonar la barra porque mientras me limpiaba la herida tenía sus tetas en mi

cara y el olor de su cuerpo me estaba excitando, pero mejor así.

No puede ser. Esta canción no es de ojitos, es mía y de ella y era nuestra, y es como si cada vez que pienso en el cuerpecito que atravesaba sin compasión en tantas noches mientras ella me pedía más y más, el Altísimo decide clavarme sus acordes en el costado de mi destrucción para diversión de los que ahora la estarán tocando.

Me canso de esperarla, a ella, a la otra, a todas, le digo que necesito llegar rápido al lavabo, que donde está ¡que me meo!

—Joder, ¿donde se mea aquí?

Esta ginebra no sube.

Capítulo 8. Los niños

Ella no ha venido, me habría dado cuenta, se que se acercaría a mi, me tocaría la cara con sus manos húmedas y yo bajaría la mirada esperando que me llevara a casa, y yo llegaría a casa con ella y con los niños y me dormiría.

Capítulo 9. Contra la puerta

Hay dos puertas en el lavabo. Debería mear antes de que sea tarde, ya no me aguanto mas, pero no pienso mear donde ellas después pondrán su culo, soy un caballero, así que espero pacientemente a que quede libre el baño de caballeros como yo.

Empujo la puerta y no se mueve, no importa, la golpeo pacientemente y que se joda el de dentro. Que salga a pegarme con

los pantalones bajados o con el culo sucio.
Que más da ¡CABRON!

—¡Maldito seas, podrías haber cagado
en tu casa como todo el mundo!

—¡Sal ya cagón que me meo!

—¡ABRE LA PUERTA! ¡Puedes pegarme
si lo deseas, ya estoy muerto! —pateo y
pateo la puerta, pacientemente.

Me hace bien estar muerto.

Es curioso pero todavía me reflejo en el
espejo. No hay nadie mas peligroso que
quien ya no tiene nada que perder y hoy es
mi noche perfecta porque hace días que
elegí seguir la vida muerto. Muerto y con un
crucifijo que me ata a mi Dios, ese que ya
decidió romper amarras de mi; soy el

vampiro perfecto, el zombi absurdo, el ridículo payaso que ya ni sangra lo que su corazón le escupe.

—Si tardas en salir me joderé a tu novia...

Debe ser la que esta afuera. ¡Me meo!

— Será cobarde el tío.

—¿Me oyes cagón? me meo —le digo mientras golpeo la puerta con las manos abiertas. Necesito que el ruido de mis golpes contra la puta puerta apague ya mi canción.

—Contra la puerta, me follaría a tu novia contra esta puerta pero prefiero mearme y que veas como pasa por debajo de la puerta mi sangre amarilla.

Ojos *japos* me quiere. A entrado y me ha abrazado aunque ha sido tarde, el chorro ya empieza a correr la puerta en bajada. Cosas de la gravedad.

—¡Cuidado doctor Esteban! —le dice ojos al cagón que por fin ha abierto la puerta.

Lllamarle doctor le ha hecho perder al pobre hombre un tiempo buenísimo de reacción.

—¡Mierda, hagan algo! —dice el cagón mientras el liquido calentito lo acribilla desde la barbilla a las rodillas.

—Felicitame ojos, ¡doctor acribillado!

¡Así es la vida! *Tattattaratata!!!*

¡Ataque a Pearl Harbor!

Capítulo 10. Pearl Harbor

Parece que llevo 3 días aquí y mi reloj ha avanzado poco mas de 3 rayitas de esas que no se quien las dibuja pero debe tener un pulso increíble porque son pequeñas y muchas y todas iguales. Lo que no entiendo es porque no las hace un poquito mas grandes y así nos aclaramos todos con lo del tiempo y las horas y esas cosas.

No se quien me ha subido la cremallera pero lo cierto es que tengo los pantalones

mojados; al acribillar al famoso doctor Esteban contra la puerta me salpicó parte de la metralla, pero lo peor fue que vinieron las chicas y me cogieron y se me escapó de la mano la cosa y empezó a democratizar el reparto y luego fue cuando alguien me la metió dentro y como todavía tenía munición, porque con tanta agua el chorrillo no se paraba nunca, empecé a sentir las piernas calentitas y me la saqué corriendo de nuevo, pero alguien me subió la cremallera y si ni no es porque le aticé un buen rodillazo a ese tal Esteban de los cojones me la enganchan y eso seguro debe doler, porque una vez se me enganchó la costura de un bolsillo con la cremallera y no

veas como tuve que tirar para desengancharla y me imaginé que si eso le pasaba a mis huevos renunciaría a seguir viviendo en ese instante antes que soportar tirones de unos y otros. Y me da pena el pobre Esteban, otro con bata blanca, bueno, no del todo porque le ha dado por retorcerse en el suelo sobre el amarillo elemento y se le está variando el color hacia acuarela primaveral.

Parece comprensible, conmigo digo, con el dolor no tanto, se que queja mucho. ¡Parece una niña, joder! Qué puedes esperar de alguien que esta cagando y con bata blanca, ¡aquí todos locos!

Aquí todos visten igual, parece el carnaval del descolorido, bata blanca pantalón verde. La chica de las tetas culo, la de los ojos y tetas pequeñas culo japo y el cagón.

Hay que joderse un año preparando el carnaval para vestirse de médicos mientras en el Brasil ese de los futbolistas, la tías se ponen lucecitas azules en los pezones y meten sus culos negros en tangas verdes ribeteados de amarillo. Me seduce la inteligencia de lo lógico.

¡VIVA RIO! De Janeiro.

Capítulo 11. Un trio

No se si ha sido la meada o follarme a la de las tetas contra la puerta del cagón o que me la mamara la de los ojos y tetas pequeñas pero el alcohol me ha bajado. No se pero estoy seguro que una de las dos furcias de la bata blanca me la ha tenido que mamar o yo me lo he imaginado pero si me lo he imaginado me ha gustado y a ella también le habrá gustado, en mi

imaginación al menos, porque solo hace que decirme que la siga.

La sigo. Supongo que será para repetir. Yo creo que le habrá gustado porque la habrá comparado con la del Esteban, que se la he visto cuando estaba en el suelo pringado de amarillo y con los pantalones bajados, y para tener lo que tiene entre las piernas mejor nacer mujer y te metan una bien grande.

Yo ni se que ha pasado. Ojitos me gusta. Seguro que su culo pequeño estaría mejor en mis manos que en esos pantalones de vendedora de jardineras o de cajera de supermercado ecológico de mierda donde las tías deben ganar una puta mierda y

encima agradecidas. Pero estas deben ser putas caras, deben ganar un pastón.

¡Joder que cama! Follarla aquí debe ser kitsch. Me dice que me tumbe. ¡Brutal! Y sereno. Jódete tío, y ahora entra el cagón. Un trío. *Flipante*. Me largo. Con este no comparto una tía. Las dos. Las dos me convencen que me tumbe. Me tumbo. Una cama individual. Tela roja. Cómodo. Me ayudan a subir los pies.

—Sin miedo —me dice culo tetas — puedes poner los pies.

—Como estés más cómodo.

—el diván parece nuevo pero ya tiene sus años —dice ojitos.

—Como yo jovencita.

—Dr. Esteban, todo suyo. ¿Necesita algo más?

—No gracias, les avisaré si les necesito.

Gracias.

—Pórtate bien Frank —Me dice ojitos.

El tío habla demasiado.

—¡Donde esta mi alcohol! Ojitos, esto no parece el decorado de nuestra canción. No me dejes.

Capítulo 12. Pastillas de pastiche

El cagón dice que no es nada. Que solo es estrés. Del trabajo y todo eso. Y yo le insistí que era del mal de amores, pero que sabrá él del mal de amores cuando todo el mundo le llama doctor, ¿Doctor Love?. No, ¡joder! psicólogo o psiquiatra, que no se que diferencia hay ni entre ellos ni con los adivinos de la tele.

La de las tetas es Imma, eso he deducido porque la de los ojos y tetas

pequeñas, mi ojitos, la ha llamado Imma. Y la de las tetas le ha preguntado a Teresa que si era agua, y Teresa le ha dicho que me lo puse por montera cuando caí en el baño y por eso mi pantalón parecía meado.

Bueno, Teresa no lo dijo exactamente así. Imma es una cursi rubita de gafitas de plástico y culo redondo dentro de una bata hablándole al cagón, al doctor Esteban, el doctor cagón en ¡tachín! ¡tachán!: psicología no especializada en mal de amores que de tan listo necesita dos tías para recetarme pastillas.

Pastillas. Pastiche de vida. Yo la quería. No hacia falta que me arrancara el corazón, ni que lo arrastrara por el barro, ni que se lo

diera a comer a los perros; ni hacia falta soltarle a este psicólogo noventa euros de mierda, ni hacia falta haber perdido en este sillón casi dos horas de mi vida explicándole qué siento cuando entro en el bar donde la conocí, cuando suena la música que tu y yo sabemos y cuando la ginebra hace restallar las luces sobre mis manos, purpurinas de la bola de espejos que gira y gira.

Clemencia de amor. Me dicen que descanse. Que vuelva en una semana.

Que trabaje menos.

Capítulo 13. Toche

Yo la quise y la quiero y todos me recetan que la olvide y yo no se hacer eso porque las cosas que quieres las quieres siempre. A veces más, a veces menos, pero siempre mucho.

Nunca supe si ella vivía la vida como yo. Con los ojos cerrados. Ajenos a la realidad que nos rodea, bebiendo alcohol caro para brindar por un mundo que enloquece de sed. Es lo que tenemos

quienes nacimos viviendo la vida con los ojos cerrados. Somos fantasmas sin musa, nómadas de sentimientos fustigados sin pan, sin agua donde ahogarnos.

—Toche, Toche, Sr. Toche —me giro.

Todavía no sabe si llamarme de tú o de usted. Bendita ingenuidad.

—Frank, llámame Frank.

Me recuerda tanto a ella...

—¿Que haces esta noche? —me dice ojos.

—Vivir y beber.

—¿Te puedo acompañar?

Se ha acercado a mi y ha puesto sus manos húmedas en mi cara.

—Tengo que volver a casa.

—Lo se, los niños nos esperan y han de dormir —me dice ojitos.

—¿Quién eres ojitos? ¿Me conoces?

—No abras nunca lo ojos Frank. Me enamoré de ti así. Puedo esperarte.

Frank Toche 2013

www.franciscadas.com